

# ÉLITE PLATEADA



# DANI FRANCIS

Dani Francis

# ÉLITE PLATEADA



Traducido del inglés por Cristina Zuil González

FAERIS

Título original: *Silver Elite*

Imagen de inicio de capítulo: Indri/Adobe Stock

1.ª edición: junio de 2025

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

Copyright © 2025. SILVER ELITE by Dani Francis  
© de la traducción: Cristina Zuil González, 2025  
© de esta edición: Faeris Editorial (Grupo Anaya, S. A.), 2025  
Valentín Beato, 21. 28037 Madrid



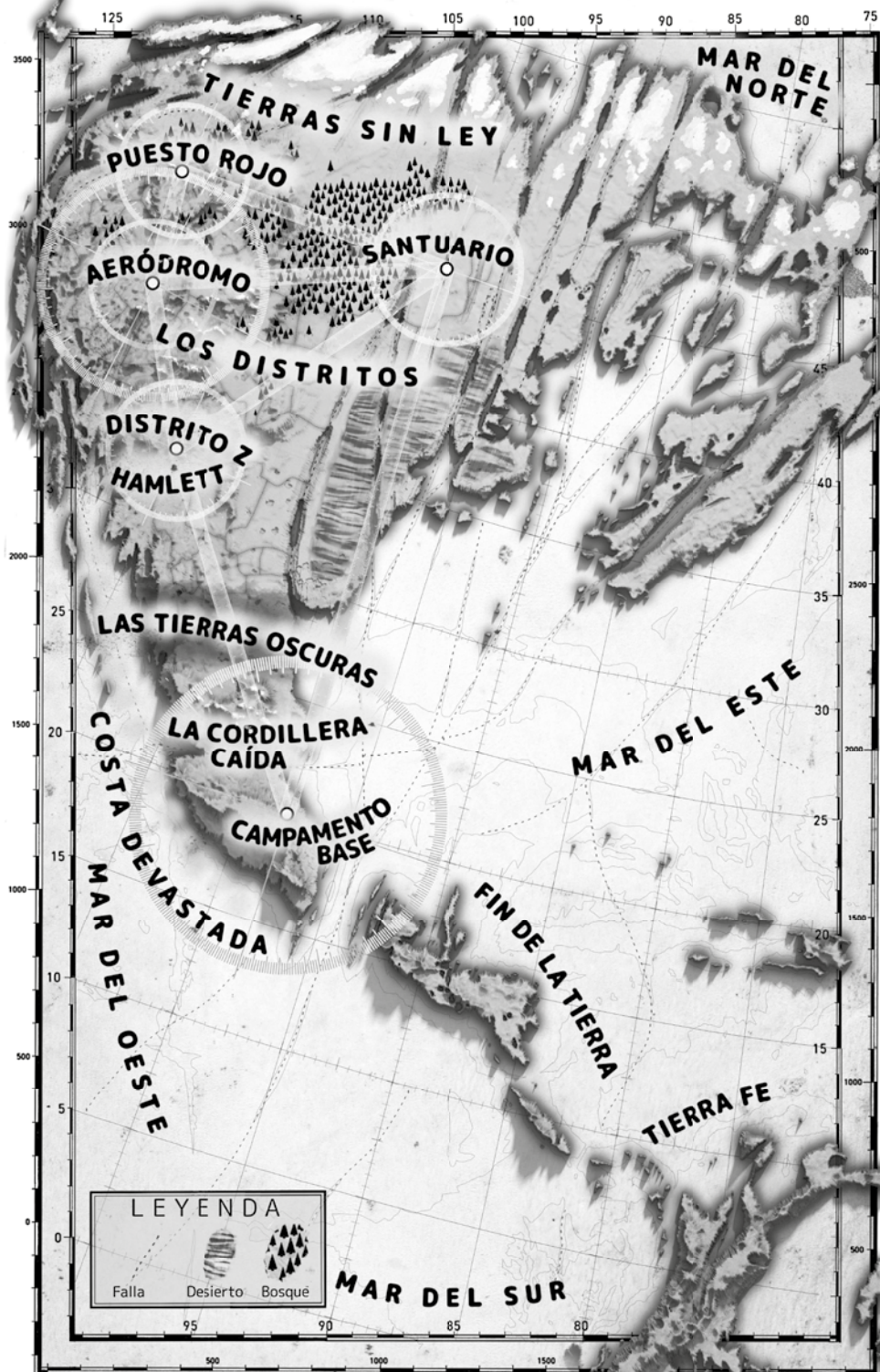
ISBN: 978-84-19988-63-8  
Depósito legal: M. 7014-2025  
Impreso en España - Printed in Spain

Descubre aquí el reino de Faeris:



*Para las putas amas de este mundo. Os dedico este libro por cada  
batalla que habéis librado y cada barrera que habéis hecho añicos.  
Sois mi inspiración día tras día.*

# EL CONTINENTE



## CAPÍTULO 1



**C**recí rodeada de una oscuridad densa, asfixiante e infinita. Me gustaría decir que es una exageración, pero no lo es. Solo tenía cinco años cuando mi tío me sacó a hurtadillas de la ciudad y me llevó a vivir a las Tierras Oscuras, el lugar que inunda las pesadillas de los niños. Un bosque en perpetua penumbra. Recuerdo que abrí mucho los ojos la primera vez que vi la niebla negra y siniestra que surgía de la tierra y flotaba sobre las copas de los árboles. Recuerdo sentir un pavor penetrante y un pánico turbador cuando la oscuridad total nos engulló. Recuerdo que, tras caminar durante menos de una hora, tropecé con un cráneo. Me arrodillé para examinar lo que había hecho que me tambaleara y, aunque no veía nada, noté los agujeros de las cuencas y la superficie lisa del hueso erosionado bajo los dedos.

Cuando le pregunté al tío Jim qué era, me respondió: «Una roca».

Incluso con cinco años, no era tan fácil engañarme.

No fue el último esqueleto con el que nos encontramos durante los tres años que pasamos en las Tierras Oscuras, pero, para cuando volvimos a la civilización, el miedo y yo éramos viejos amigos. Por aquel entonces, un depredador podía abalanzarse ha-



cia mi garganta sin que pestañeara. El Comando podía lanzar una bomba contra nuestra casa desde un avión sin que se me acelerara el ritmo cardíaco.

Cuando el terror se convierte en algo cotidiano durante la infancia, hay pocas cosas que produzcan temor en la edad adulta. Excepto, quizá, las conversaciones incómodas. Prefiero luchar sin armas contra un puma antes que enfrentarme a una charla embarazosa. En serio.

—¿Adónde vas?

Maldita sea. Estaba haciendo todo lo posible por escabullirme de la cama sin que lo advirtiera mi acompañante.

El joven soldado habla con voz grave a causa del sueño y de una pizca de seducción persistente. Bajo la mirada mientras me abrocho el botón de los vaqueros. Sé que debajo de esa fina sábana no lleva nada puesto.

—Ah, eh... A ningún sitio. Solo me estaba vistiendo porque tengo frío —miento, al mismo tiempo que me aliso la tela del top negro sobre el tejido cicatricial irregular de la cadera izquierda.

Mis quemaduras, que se extienden desde la cintura hasta la mitad del muslo, son un recordatorio constante de quién soy y por qué no puedo permanecer en presencia de este chico más de lo necesario.

Le he dicho que mis cicatrices son el resultado de un accidente. Una olla de agua hirviendo que me cayó encima cuando era una niña. No es del todo mentira. Sin embargo, si supiera lo que esconde mi piel lesionada, lo más probable es que no la acariciara con tanta compasión.

—Ven aquí. Yo te mantendré calentita —me promete.

Esbozo una sonrisa forzada y le sostengo la mirada. Tiene los ojos bonitos, de un intenso color marrón.

—Te tomo la palabra, pero, ya que estoy de pie, voy al baño. Dijiste que se encontraba al girar la esquina, ¿no?

¿He parecido demasiado ansiosa? Creo que sí, pero estoy deseando escapar. Es tarde. Mucho más de la hora a la que prometí

volver. Se suponía que debía pasarme por el pueblo para tomar una copa y saludar a algunos amigos en los actos de celebración del Día de la Libertad, no acostarme con un soldado del Comando, de entre todos los candidatos.

No hay muchas cosas dignas de conmemorar en el Continente. Ninguna de esas festividades idílicas que se leen en los libros de historia. A decir verdad, es probable que sea una ironía perversa hacer que un puñado de Modificados baile, beba y folle para celebrar el aniversario de un acontecimiento que llevó a su propia matanza. Sin embargo, a los Modos nos encanta bailar, beber y follar, así que... lo haremos siempre que se pueda, sea cual sea la ocasión.

—No me vas a dejar plantado, ¿verdad? —me provoca de nuevo, pero también se intuye un regusto de infelicidad. Mierda. Sabe que me estoy preparando para largarme.

—Claro que no.

Finjo que me concentro en la cremallera de las botas, consciente de que ha sido una idea horrible. No debería permitir queirme a la cama con alguien del Comando, la fuerza militar del Continente, se convirtiera en una costumbre, pero su temporalidad es un gran punto a favor. Los soldados únicamente abandonan la base tres veces al año, lo que significa que las relaciones con ellos solo pueden ser efímeras.

—Me alegro. No estoy preparado para dejarte marchar todavía —dice con una sonrisa. Tiene veinticinco años y sus manos, mientras me recorrían el cuerpo, desprendían una gran dulzura. ¿Es horrible que no recuerde siquiera cómo se llama?

Cojo el fusil y me cuelgo la correa al hombro. Me doy cuenta de que me está mirando.

—¿Qué?

—Ahora mismo eres pura gasolina —dice, y se muerde el labio.

—¿En serio?

—Sí, no se ven muchas chicas con armas en la ciudad.



Tiene razón. No se ven. Ese es el motivo por el que mi tío hizo que nos instaláramos en Z, lo más al oeste posible. Es uno de los distritos de recursos naturales, donde las profesiones más habituales son la ganadería y la agricultura. Además, a los ciudadanos se les permite tener sus propias armas, aunque, por supuesto, solo después de haberlas registrado para que estén contabilizadas. No puedes conseguir una licencia sin pasar arduas pruebas para demostrar que eres competente, lo que no supuso un problema en mi caso. Me la concedieron con trece años. Estoy más que cualificada, más de lo que advirtieron los examinadores. El tío Jim me aconsejó que «bajara el nivel» el día de la prueba.

—Aquí las armas nos resultan muy útiles —le contesto—. Todas las noches hay algún coyote blanco que intenta comerse mis vacas.

Se echa a reír.

—Tendré que ir a tu rancho algún día para ver qué haces allí.

El comentario, aunque casual, levanta mis sospechas. ¿Por qué quiere venir a mi rancho? ¿Ha sido una propuesta inocente o debo preocuparme?

Cuando se trata del Comando, rozo la paranoia, por lo que no tardo en abrir una vía para hurgar en su mente. Su escudo es más grueso que el acero. Lo más probable es que logre encontrar un hueco si lo intento durante el tiempo suficiente, pero es demasiado sólido como para penetrar en él de inmediato. No me sorprende. Una de las primeras cosas que les enseñan a los soldados es a protegerse de los Modos. Con razón. Los Primarios no tienen dones. Tampoco experimentan síntomas físicos cuando alguien se infiltra en sus pensamientos, mientras que los Modos sienten una descarga eléctrica. Las personas como él deberían estar atentas.

Cierro la vía. Merecía la pena intentarlo. La única vez que su escudo se ha debilitado durante la noche ha sido cuando nos hemos quitado la ropa, pero sus pensamientos en ese momento eran una amalgama de «No pares» y «Sí». No voy a mentir, ha sido un subidón de autoestima.

—¿Hay alguna razón por la que te lleves el arma al baño? —Arquea una ceja.

—Debes llevar encima tus armas registradas en todo momento —recito, diligente, las palabras del manual que recibe todo propietario tras conseguir la certificación—. Mantén caliente la cama por mí. Ahora vuelvo.

No voy a volver. De hecho, tengo que obligarme a no correr hasta la puerta.

—Te enseñaré dónde está —me propone.

Empiezo a protestar, pero ya está saliendo de la cama y ajustándose los calzoncillos sobre la esbelta cintura. Al menos no lleva el uniforme estándar del Comando, de color azul marino. No creo que me hubiera excitado si hubiera vestido así. Aparte de algún revolcón ocasional a causa de la cerveza, odio a esos capullos y, en la mayoría de los casos, es mutuo. Se han dedicado a acabar con las personas como yo. Los «Aberrantes», nos llaman. O «Sangre Plateada», si están de buen humor.

La única aberración de por aquí es el general Redden y su odio irracional hacia los Modos. Ni siquiera pedimos ser así. Hace ciento cincuenta años, unos descerebrados liberaron la toxina que nos convirtió en lo que somos. No tuvimos elección.

A pesar de que cada célula de mi cuerpo me suplica que escape de aquí, dejo que el soldado me guíe hasta la puerta por la alfombra color burdeos del pasillo que se encuentra en la segunda planta de la posada. Giramos la esquina y seguimos caminando.

—Hemos llegado. —Como el caballero que es, abre la puerta para que pase.

—Gracias. —Esbozo otra sonrisa forzada—. Nos vemos en la habitación.

—Grita si te pierdes y vendré a rescatarte, ¿sí?

En el baño, permanezco de pie tras la puerta para escuchar el sonido de sus pisadas. Exhalo de forma brusca y espero hasta que se aleja. El reflejo en el espejo me muestra mi piel bronceada y el rubor que la cubre, algo normal después del sexo. La impaciencia

se intuye en mis ojos, cuyo color ha elogiado el soldado varias veces durante la noche. Marrón meloso con vetas doradas.

Mi tío dice que tengo la mirada de mi madre, pero no recuerdo su cara, lo que me molesta. Tenía cinco años cuando se despidió de mí; era lo bastante mayor para haberme formado un recuerdo vívido de ella. Debería recordar sus ojos. A veces, creo que me acuerdo de su voz, de su sonrisa, pero nunca sé si es por mi imaginación, que suple las lagunas.

Espero durante otro largo minuto antes de salir del baño. Quiero echar a correr, pero debo pasar por delante de su puerta para llegar a las escaleras. Tendré que ir de puntillas. Contengo el aliento mientras doblo la esquina y me arrastro por la desgastada alfombra. Estoy al final del pasillo cuando veo que el pomo de la habitación del soldado empieza a girar.

Antes de que abra la puerta, movida por mi instinto, entro en la estancia más cercana y cierro a mis espaldas. Irrumpir en el dormitorio de un extraño quizá no sea la mejor estrategia, pero ha sido una decisión tomada en una milésima de segundo y me arrepiento enseguida de ella cuando un brazo musculoso me rodea el pecho.

—No te muevas —dice una voz varonil.

De nuevo, actúo por instinto. Alzo el puño y lo golpeo en la dura mandíbula. Ni se inmuta. Me desarma en un santiamén y lanza el fusil al suelo. Luego, me hace girar y me presiona contra la puerta. De manera amenazadora, acerca su enorme cuerpo al mío, y noto su brazo como una barra de acero contra el pecho.

—¿Quién cojones eres? —me gruñe al oído.

El corazón me repiquetea contra la caja torácica. Respiro hondo y me humedezco los labios secos.

—Soy...

Me quedo sin palabras cuando alzo la mirada hacia su rostro. ¡Vaya! Creo que he elegido al candidato equivocado para mis actividades nocturnas.

El tipo es... increíblemente atractivo. No creo que haya visto nunca un humano tan guapo, ni hombre ni mujer. Por un mo-

mento, me pierdo en sus ojos color cobalto, que me observan entre dos filas de gruesas pestañas. Tiene el pelo oscuro, apartado de las facciones impecables y simétricas, dignas de una estatua cincelada en piedra. La cantidad perfecta de barba le oscurece la fuerte mandíbula y en un extremo de la boca se le intuye un hoyuelo. Me pregunto cuánto se le marcará cuando sonría, aunque, por el brillo frío y peligroso de sus ojos, me da la impresión de que no lo hace muy a menudo.

—Si has venido a matarme, no estás haciendo muy buen trabajo.

—¿Matarte? —repito, saliendo de golpe de mis pensamientos—. No es para lo que he venido.

—¿No? —Oigo un repiqueteo y me doy cuenta de que ha alejado el fusil de una patada. Debo esforzarme para no lanzarme tras él—. Has entrado a hurtadillas en mitad de la noche con un arma. ¿De verdad debo suponer que tienes buenas intenciones?

—Piensa lo que quieras. —Me revuelvo bajo su brazo, pero es inútil. No se mueve—. No he venido a matarte.

—Entonces, ¿es una visita social? —Se humedece con la lengua la comisura de la boca. Le brillan los ojos cuando los baja hacia mi escote, que se asoma bajo la sólida correa de su brazo—. Agradezco el gesto, pero no me interesa. Ya he tenido mi ración diaria. —Curva los labios—. Deberías haberte pasado antes, cuando mi invitada seguía por aquí. Podrías haberte unido a la fiesta.

Me quedo boquiabierta.

—¿En serio? Tampoco es eso lo que estoy buscando. Me estoy escondiendo, idiota.

Arquea una ceja, intrigado.

—¿De quién?

—No es asunto tuyo. ¿Me sueltas, por favor? No puedo respirar.

—No. A mí no me parece que estés teniendo problemas para respirar.

No es verdad. Me falta el aire. Cada vez que inhalo, absorbo su aroma. Huele a pino, cuero y un toque especiado. Es increíble. Además, su cuerpo es surrealista. Grande, ancho, con músculos esbeltos y los bíceps flexionados para mantenerme inmóvil. Seguro que desnudo está espectacular.

—Suéltame —le ordeno—. Siento haber irrumpido en tu habitación, pero te aseguro que no soy ninguna amenaza.

—¿Por qué vas armada?

—Soy granjera. Tengo licencia de armas.

Me estudia el rostro con la mirada, que centra brevemente en mi boca. Aunque el corazón me da un vuelco ante su meticuloso escrutinio, intento aprovechar su distracción para clavarle la rodilla en la ingle. Reacciona sin pestañear y me sujeta la pierna antes de alcanzarlo. Lo siguiente que sé es que caigo de espaldas con un fuerte golpe. Me vibran los huesos cuando coloca su pesado cuerpo sobre el mío y me aprieta contra el suelo con sus largas piernas. Me presiona la tráquea con el antebrazo y ahora sí que no puedo respirar.

En busca de aire, lo golpeo en los hombros con ambas manos, pero no se mueve. Me dedica una mirada burlona.

—No ha estado bien —musita— apuntar de esa manera a la entrepierna.

No respondo porque me está cortando el suministro de aire. Hago otro débil intento de zafarme. Joder, ¡qué fuerte es! Pensaba que era una luchadora experimentada. Mi tío me lleva entrenando desde que tenía cinco años. Sin embargo, aquí estoy, de espaldas contra el suelo, incapaz de hacer nada mientras él me aplasta con el cuerpo.

No, eso no es cierto. Sí que puedo hacer algo.

Otra lección importante que me ha enseñado mi tío es que, en la batalla, se debe tomar el control cueste lo que cueste. Con los hombres, hay una manera infalible de conseguirlo.

—No puedo decir que me arrepienta, teniendo en cuenta el resultado —resuello con voz áspera por la falta de oxígeno.

La suya se inunda de desconfianza.

—¿El resultado?

—Ahora te tengo encima.

Le dedico una diminuta sonrisa atrevida y advierto la pizca de calidez de su expresión.

—No me parece que esté tan mal —añado. Luego, inhalo una bocanada superficial de aire—. Antes no me interesaba, pero ahora...

Muevo la cadera a modo de invitación. Se tensa, con los labios entreabiertos. Durante un breve instante me corresponde, y la parte inferior de su cuerpo se mueve ligeramente. Luego se echa a reír.

—Buen intento. —Me acerca la boca a la oreja y el pulso se me acelera—. Si dejas que te levantes, ¿me prometes que mantendrás quietas las manos y las rodillas?

—¿Y tú? —pregunto.

Aún con una risita, se aleja de mí y se acerca a por el fusil. Me pongo de pie y me aliso el top indignada mientras observo cómo estudia el número de serie. Aprovecho la oportunidad para examinar al fin lo que me rodea, pero no hay mucho que ver. La cama está revuelta, supongo que por lo que han estado haciendo él y su invitada. No sé si la chica me provoca una punzada de celos o, dada la encantadora personalidad de este desconocido, siento pena por ella.

Sobre la mesilla descansa un intercomunicador y en el sofá rojo bajo la ventana, una chaqueta negra. Además, cerca de la puerta hay un par de botas del mismo color. Y ya está. Ninguna otra pista que aclare quién es. No lo he visto antes con los demás, durante la celebración, lo que es raro. ¿Qué hace en Hamlett si no es por el Día de la Libertad? Es extraño que alguien esté de paso. Cualquier territorio al oeste del distrito Z está bajo el agua, y no hay ninguna comunidad en la costa. Cada vez que la Compañía intenta reconstruir algo allí, se produce otro terremoto y destruye todo el pueblo o la ciudad.

Vuelvo a centrarme en él y trato de leerle la mente, pero tiene un escudo sólido. Interesante. La mayoría de los Primarios no lleva protección o, si lo hace, es fácil penetrar en ella. Lo que significa que este hombre es un Modificado, un soldado o un Primario civil que, por alguna razón misteriosa, ha perfeccionado la capacidad de preservar sus pensamientos.

Sostiene el fusil con destreza, pero no me apunta con él. Solo permanece ahí, observándome con esos peligrosos ojos azules.

—¿Vas a preguntar mi número de serie por el intercomunicador para confirmar que no soy una asesina y que así pueda seguir con mi vida?

—O podría matarte y seguir yo con la mía —dice el capullo.

—Ay, no, ¡qué miedo! —Coloco los brazos en jarras—. Hazlo. Dispárame. En cualquier caso, acaba con esta tortura.

Inclina la cabeza, contemplándome aún.

—¿Cómo te llamas?

Me sobresalto cuando otra persona responde a la pregunta:

—¿Wren?

O, mejor dicho, cuando alguien en el pasillo lo grita mientras me busca.

—¿Wren? ¿Sigues por aquí?

Oigo las pisadas del soldado junto a la puerta antes de que se debiliten cuando gira la esquina.

—Será mejor que te vayas, Wren —me provoca el extraño—. Quizá puedas llegar a la salida antes de que te pille tu novio.

—No es mi novio y no voy a ir a ninguna parte sin el fusil.

Un segundo después le da la vuelta al arma, la sujeta por el cañón y me la tiende con la empuñadura hacia mí. Me cuelgo la correa al hombro y camino hacia la puerta.

—Un placer conocerte, capullo —musito sin mirar atrás.

Su carcajada resuena a mi espalda. Aprovecho el pasillo vacío y corro escaleras abajo hacia la planta principal. Tan pronto como llego a la salida, oigo mi nombre de nuevo.

—Wren, espera.



Me trago un bufido. El soldado está bajando las escaleras.

—Me prometiste que no me dejarías plantado —me recuerda mientras se acerca. La decepción le brilla en los ojos.

—Lo siento. —Suelto un suspiro exagerado y busco una mentira creíble—. No se me dan bien las despedidas. —Se le suavizan las facciones—. Y, a decir verdad, debo irme. Una de las vallas se cayó durante la tormenta de la otra noche y mi tío me matará si no estoy despierta al alba para arreglarla.

—Tenemos que volver a vernos. ¿Y si intento pedir un permiso el mes que viene?

—Ya sabes dónde encontrarme —digo con tono alegre, porque las probabilidades de que consiga un nuevo permiso dentro de tan poco tiempo son escasas. Para entonces, ya me habrá olvidado.

Con suerte.

Siempre existe el riesgo de que se haya enamorado tanto de mí que encuentre la manera de cambiarle el cometido a otro soldado y consiga que lo destinen a mi distrito. Sin embargo, no creo que sea tan buena en la cama.

—¿Cuál es tu identificador?

Reticente, se lo doy y observo cómo introduce los dígitos en el intercomunicador. Un momento después, el elegante aparato que llevo en el bolsillo emite un pitido suave.

Me dedica una sonrisa con hoyuelos.

—He sido yo.

Lo saco y guardo su identificador. Lo odio. Debemos llevarlo a todas partes, pero solo le presto atención cuando me llega un aviso de la Compañía. El resto del tiempo, intercambio los mensajes de rigor con mis amigos y mi tío Jim. Nada significativo, por supuesto; tenemos otros medios para tratar lo importante. Ningún Modo sensato usaría un aparato de la Compañía para comunicarse, especialmente porque todas las palabras dichas o escritas se registran. Existe una sala entera de agentes de inteligencia que controlan cada conversación. Lo mismo ocurre con Nexo, nuestra

red en línea. Estaríamos locos si utilizáramos cualquiera de esos dos métodos para hablar abiertamente.

—Te acompaño fuera —dice.

Oigo el escándalo de las voces más allá de las puertas de la posada y el ritmo rápido de la banda, que toca una canción que no identifico. Supongo que estará en la lista de melodías aprobadas por parte del Comité de Comunicación de la Compañía. Todo el material debe pasar primero por él antes de que llegue a la ciudadanía.

Salimos al patio, donde la brisa es tan suave como antes de que entráramos al edificio. El aroma de carne a la parrilla y maíz cubierto de mantequilla inunda el aire nocturno. La plaza del pueblo está iluminada esta noche. Abarrotada y ruidosa, se oyen frecuentes carcajadas que flotan sobre la música.

La incomodidad me recorre el cuerpo cuando advierto a los soldados que pasean por allí. El Día de la Libertad es el único momento del año donde muchos pueden volver a sus distritos para ver a sus familias y amigos. La mayoría parecen inofensivos, pero hoy hay demasiados uniformes azules como para que me sienta a gusto.

Ojalá volvieran a la ciudad y nos dejaran en paz de una puta vez. Nadie aquí disfruta esbozando sonrisas falsas y siguiéndoles el rollo. Incluso los Primarios odian el autoritarismo del general, la manera en la que controla todos los aspectos de nuestra vida. O, al menos, así es para la mayoría. Ciertos partidarios acérrimos estarían dispuestos a traicionar a su propia madre por un asentimiento firme de aprobación de ese hombre o sus lameculos. De hecho, un Primario idiota de mi distrito vendió a la suya cuando descubrió que era una Modificada. Casi dos décadas había pasado la mujer ocultándole su don y bastó un único desliz, un momento de descuido en el que leyó la mente de alguien sin bajarse las mangas, para que su único hijo la denunciara. Lo último que supe del tema fue que había ascendido y dirigía su propia unidad en el Comando.

Aunque supongo que no es tan malo como los Modos que se vuelven en contra de los suyos: los simpatizantes que sirven a Redden en Santuario, nuestra capital. Esos traidores gozan de vidas acomodadas. Es evidente que la lealtad al general tiene su recompensa.

Los chillidos jubilosos de los niños captan mi atención. Me giro hacia el bullicio y sonrío. Algunos cientos de metros más allá, en un claro cubierto de césped, están jugando al pillapilla. Los críos del pueblo gritan y se ríen mientras una niña delgada y pelirroja corre de un lado para otro tratando de atrapar a alguien.

—¡Wren! —grita una voz alegre.

Tana Archer camina hacia nosotros, con los ojos brillantes y las mejillas sonrosadas. Es evidente que ha estado probando sus propias provisiones. Griff, el padre de Tana, es el propietario del único bar de la plaza.

—Me preguntaba dónde te habrías metido. —Con una mirada de complicidad, pasea los ojos del soldado a mí. Aunque nos sonría a ambos, siento que intenta vincularse conmigo.

Todos los telepatas tenemos nuestro toque único. Cuando era una niña, mi tío lo describía como nuestra esencia, una descarga de energía propia y exclusiva. Es casi imposible de explicar a menos que la sientas, pero, resumiendo: tras formarse una conexión inicial, de forma automática reconocemos la energía de la otra persona cuando esta pide vincularse.

*Parece que has estado ocupada*, me provoca Tana telepáticamente.

Su voz en mi cabeza siempre tiene un tono más bajo que al hablar. En una ocasión le pregunté a mi tío el motivo por el cual las voces telepáticas de las personas sonaban tan distintas a las audibles. Su respuesta fue: «¿Alguna vez te has escuchado en una grabación y has pensado: “Esa no es mi voz”? Para uno mismo, su voz suena distinta. Cuando hablamos telepáticamente, oímos la voz tal y como la escucha esa persona. Al hablar en voz alta, la percibi-

mos como la escuchamos nosotros». Al explicarlo así, cobró sentido de una manera extraña.

*Tienes que dejar de tirarte a los soldados, cielo.*

*Oye, es lo único que se les da bien,* replico, y Tana gira la cabeza para acallar una carcajada.

Sé que le vibran las venas bajo la manga larga, ocultas a ojos curiosos. Dada su piel oscura, parecen incluso más luminosas cuando brillan que las de los Modos más pálidos.

Por el contrario, yo no tengo por qué preocuparme, de ahí que solo lleve un top. Ese es otro aspecto con el que atosigaba a mi tío. Me parecía extraño ver la descarga luminosa de plata bajo la piel de sus brazos cada vez que usábamos la telepatía, ¿por qué mis venas no brillaban? De niña, era un poco cargante, siempre molestando con preguntas. En ese entonces, no sabía contestarme. Solo se encogía de hombros y decía: «Ha pasado más de un siglo y todavía hay muchas cosas que nadie entiende sobre las personas como nosotros».

Eso es lo complicado de los Modificados, no hay una fórmula infalible con la que todos nos identifiquemos. Sí, la mayoría es la definición personificada de «Sangre Plateada» porque les brillan las venas de los brazos al usar sus poderes. Sin embargo, unos pocos, como yo, no encajamos en ese molde. Sea cual sea la razón de esa anomalía, no puedo negar que me convierte en... bueno, no es por presumir, pero... soy muy valiosa.

Un Modo que puede usar sus poderes sin revelar sus actos ante los enemigos supone una gran ventaja para la Revolución.

Cuando la red intentó reclutarme, en un primer momento mi tío dijo: «Ni de coña». Se mostró inflexible. «Wren no va a poner su vida en riesgo. Punto». Sin embargo, al llegar a la adolescencia, le costó un poco más impedírmelo. Soy testaruda. Iría con mi tío Jim al fin del mundo, pero tomo mis propias decisiones.

Empezamos a realizar misiones cuando cumplí los dieciséis años. Breves batidas en busca de suministros. Entregas. Usamos el rancho para ocultar a Modos que salían a hurtadillas de la ciudad o las minas.

Saber cuántos permanecían prisioneros en los campos de trabajos forzados repartidos por los distritos hacía que me hirviera la sangre.

—No te irás ya, ¿verdad? —dice Tana—. Apenas te he visto en toda la noche. ¡No puedes marcharte!

El soldado esboza una sonrisa.

—Es lo que le he dicho una y otra vez.

—Tengo que hacerlo —contesto, encogiéndome de hombros—. Ya conoces a mi tío. Lo más probable es que esté paseándose de un lado a otro del porche, esperándome.

Como si me hubiera escuchado, noto una fuerte presión en la mente. La energía característica de Jim. Está pidiendo que nos vinculemos, así que se lo permito.

*Ya es muy tarde. Vuelve a casa,* dice con voz atronadora.

Resisto las ganas de poner los ojos en blanco.

*Ya voy.*

—Baila conmigo una canción, al menos —me suplica Tana.

—En serio, no puedo.

A decir verdad, me quedaría por aquí un rato más con Tana si este soldado no se me hubiera pegado como una lapa. Aj, ¿cómo se llamaba? Creo que Max. ¿O quizá Mark?

Después de lo que hemos hecho, me parece mal preguntársele ahora, así que opto por tocarle el brazo.

—Vale, eh..., cariño..., ha sido divertido, pero me tengo que ir.

Tana parece a punto de estallar en carcajadas de nuevo.

*¿Cariño?*

*Cállate, no me acuerdo de cómo se llama. ¿Max o Mark?*

*¡Se llama Jordan!*

Vaya, qué mal encaminada iba.

*La pregunta más importante es... ¿quién es el guapísimo capullo que se aloja en la posada?* Sigo con el corazón un poco acelerado por ese encuentro explosivo.

*No conozco a ningún capullo guapísimo. Hoy solo se han registrado soldados. O quizá lo he visto y me he olvidado de él. ¿Era un soldado?*

*Ni idea, pero créeme, te acordarías de su cara.*

Era una cara excepcional. Y un desperdicio al pertenecer a un imbécil como él.

*Eh, si me va a encandilar una cara, tendrá que ser de una hermosa mujer. Si no, la ignoraré totalmente.*

—Deja que te lleve a casa. —Jordan interrumpe nuestra conversación silenciosa con una mirada de esperanza clavada en mí.

—No te preocupes, voy en moto.

Tana se aleja para darnos el momento de privacidad que es obvio que Jordan desea.

Me acuna el rostro con las manos.

—¡Qué difícil eres! —me reprende, jugueteón—. Al menos, dame un beso de despedida. —Me acaricia la comisura de la mandíbula con el pulgar antes de acercar su boca a la mía.

Dejo que me bese, a pesar de que la impaciencia me retumba en el pecho.

Nos apartamos al oír los gritos de los niños. Un segundo después, la plaza se convierte en un caos. Tana se acerca corriendo.

—¿Qué cojones...? —digo mientras los tres corremos hacia el origen del bullicio.

Por lo que puedo vislumbrar entre la oscuridad, hay un niño en el suelo, pero solo logro ver un ajetreo frenético de brazos y piernas. Otros niños se alejan del claro, pidiendo ayuda a gritos.

—Es ese condenado coyote blanco —maldice Tana—. Lleva merodeando por el bosque y los alrededores del pueblo toda la semana.

Mierda. El mismo híbrido de lobo y coyote que ha estado amenazando el rancho también. Encontré a una de mis novillas muerta en los prados del sur hace dos días. No sé cómo esa bestia pudo atravesar la valla.

—¡Lo ha atrapado! —chilla una niña a los adultos reunidos en la linde del prado.

Otro grito cruza el aire, una mezcla de terror y agonía. El corazón se me sube a la garganta y el pulso se me acelera. Al otro

lado del claro, el niño está ahora de espaldas, con el coyote blanco encima. El animal es enorme.

—¡Robbie! —exclama una mujer. Es Rachel, una profesora de la escuela, lo que significa que el chico en peligro es su hijo de ocho años.

Estamos tan en penumbra que no puedo asegurarlo desde este ángulo, pero no parece que el animal le haya clavado los dientes en el cuello al niño. Creo que le está mordiendo el brazo y... joder, lo está arrastrando para llevárselo.

No lo dudo, pongo el fusil en alto.

—¡Wren!

A pesar del grito de protesta de Tana, doy varios pasos al frente para obtener una mejor perspectiva de Robbie y el coyote blanco. Algunos hombres corren por el claro. Se encuentran a medio camino, pero el niño ya habrá muerto cuando lleguen hasta él.

—¡No! ¡Detenedla! —grita una Rachel aterrorizada, pero apunto tras apoyarme el fusil en el hombro—. ¡Para, Wren, vas a matar a mi bebé!

La vuelvo a ignorar y disparo.